La Felicidad de Manolo

Alvaro Amaya

Capítulo 1

La Felicidad de Manolo

Cuento

Manolo había nacido y crecido en un pueblo rural, allí mismo realizó sus estudios y al concluirlos, de manera más que providencial consiguió el trabajo que le permitió seguir viviendo allí sin verse obligado a emigrar como lo hacía la mayor parte de sus coterráneos.

Desde su nacimiento a esta parte habían transcurrido treinta tres años.

Manolo se sentía un elegido, un excepcional.

Las cosas más sencillas lo hacían feliz. Respirar a fondo detectando los aromas del aire fresco de las mañanas, golpear con vigor el suelo al caminar hacia el trabajo, creer, estar y sentirse vivo, eran experiencias sensoriales que lo ahogaban con el más puro agradecimiento, sólo por el hecho de estar vivo y por vivir tan plenamente.

No solo se sentía, se creía el mejor de todos porque consideraba que lo tenía todo, que la vida ya se lo había dado todo.

A Manolo nunca le preocupó la sicología y por lo tanto nunca asistió a cursos de motivación, autoafirmación o de autoestima porque nunca le fue necesario oír ni aprender de ésas cosas para creer y estar seguro que el mundo giraba a su alrededor y no del sol. Sin ser un petulante engreído, con esa enorme seguridad interior le era sumamente fácil mantener la actitud de contento y de alegría con la que se acostaba y se levantaba todos los días.

La primera luz que al amanecer lo alumbraba, era el blanco destello de su sonrisa que el espejo le regresaba y al contemplarse, no tenía la menor duda que él era una persona generosa, de buenas intenciones, hombre sano, inteligente y hasta guapo y bien parecido.

Cuando hablaba con cualquiera, de manera espontánea y sin ulteriores premeditaciones, esta convicción interior afloraba a la palabra, al gesto, a la piel, al tono de su voz y sin que él supiera por qué la gente que tenía a su alrededor también sonreía y él se convertía en el seductor que sabía conseguir bondad, atención, afecto, contento, la alegría, en fin, todo lo mejor de los demás.

Cuando Manolo desarrollaba alguna acción para lograr cualquier cosa y ésta no se concretaba, se quedaba quieto y tranquilo, estaba seguro que a la próxima lo lograría y llegada la oportunidad, la acometía con ganas y decisión hasta lograrlo y así, tarde o temprano su creencia se confirmaba. Esto pasaba porque sabía que para todo, sólo es asunto de trabajar, de creer y de esperar confiadamente por la ocasión propicia.

Estar seguro que para todos los aspectos de su vida, ésta era la confiable constante de su realidad vital, lo mantenía en la absoluta seguridad de que nunca le faltaría nada, que siempre tendría lo que necesitaba y esta convicción lo mantenía siempre a salvo de no apegarse nunca a nada y de no angustiarse por necesitar algo.

Esto lo convertía en alguien querido y aceptado porque a diferencia de todos los demás, él no andaba detrás de las mujeres, del dinero o de las cosas que los otros poseían y en consecuencia,

no era una amenaza, no era un peligro para nadie.

Y por eso Manolo nunca estaba solo, no solamente se le acercaban jóvenes de su edad, también personas mayores que gustaban de oírlo hablar pero sobre todo, para estar en la cercanía y bajo la sombra o del halo placentero de alguien feliz. Y eso era recíproco, Manolo también disfrutaba ayudando e interesándose por la gente, quería que todos vivieran como él, quería que todos fueran felices.

A los muchos amigos que querían hablar con él para contarle sus problemas, Manolo les comunicaba su sencilla y modesta filosofía. Les decía que no hay nada en este mundo capaz de arrebatarle a nadie la felicidad, que no existe nada por lo que haya que preocuparse. Les insistía en que a pesar de todo lo que había pasado, lo que pasaba ahora mismo y lo que seguiría pasando en el mundo, ser feliz o no era un decisión que solo dependía de uno mismo, sencillamente porque decidirlo está dentro de cada cual.

Que nadie puede arrebatarle a nadie la decisión de tomar las cosas de manera feliz o de la manera contraria.

Pero al mismo tiempo que lo oían, las mentes de todos se iban al lado opuesto, al lado oscuro de la realidad y pensaban en sus problemas económicos, en sus dificultades para tener techo, para lograr el sustento, las enfermedades, los pleitos y los conflictos familiares producto de estas limitaciones y recordaban que las oportunidades de mejor vida estaban copadas por los que tenían el poder y el dinero desde que ellos tenían memoria y por eso era que después de oír a Manolo, todos terminaban creyéndose raros habitantes de un mundo extraño, víctimas atrapadas en una rara enfermedad o presas de alguna maldición porque lo que Manolo les decía, no lo podían ver a su alrededor. Sólo eran capaces de ver las

imágenes que las palabras de Manolo le proyectaban a sus mentes mientras este les hablaba.

Pero los convencía saber que de Manolo no se podía dudar. Sabían que en el ejemplo viviente de su vida, Manolo respaldaba sus palabras con sus actos. No era un charlatán. Todos veían y a todos les constaba su seguro, tranquilo y feliz modo de vivir y entonces para ellos, eso sí existía.

A su alrededor todos fueron comprendiendo que solamente siendo como Manolo, se podrían salvar de la gris e infeliz vida en la que deambulaban y se convencieron que era absolutamente necesario intentarlo. Y por eso le pidieron la ayuda que él les prodigó con todo su afecto.

Y durante mucho tiempo, con sinceridad, ahínco, dedicación, sacrificio, algunos con pasión desbordada y otros con la más intensa vehemencia, intentaron aprender ser tan feliz como él bajo su amorosa orientación, pero pasado algún tiempo en el que se empeñaron y trabajaron intensamente en ello, se dieron cuenta que a pesar de todo el esfuerzo desplegado nunca a nadie le fue posible siquiera parecérsele, imitarlo y mucho menos llegar a igualarlo.

Y pasó que primero se sintieron frustrados y que después, de alguna manera se sintieran traicionados.

Al no poder lograrlo, creyeron que Manolo les había robado la esperanza, la esperanza de seguir creyendo que podrían ser felices y que engañarlos de esa manera, había sido algo cruel porque ahora ya no la tenían, ni con eso contaban y pensaron que alguien debía pagar por el daño del que habían sido objeto. Manolo les había abierto una puerta por la que confiados entraron buscando la felicidad y no encontraron nada. Para ellos ahora era evidente que hacia la felicidad, para ellos no existía ninguna salida, que esa nunca había existido.

Después de recuperarse de una terrible paliza que una noche con saña, un grupo de desconocidos le propinó, Manolo se largó y ahora vive anónimamente, lejos en otro pueblo.

Añora su pueblo natal, a su gente sencilla y el calor humano con el que vivió cuando creían en él.

Pero hasta ahora, nadie sabe si sigue siendo dueño de la felicidad y si aún tiene ganas de compartirla.

Álvaro Amaya G. Guatemala, C.A.

Reeditado y subido a www.megustaescribir.com, el 13 de Octubre de 2018.-

Foto: Descarga gratuita Pixabay.-